

## Casa

*Seudónimo: Cruz de Malta*

Hoy tu padre cierra tarde, como siempre.

Tienes seis años y este recuerdo huele a talco, a laurel, a manzanilla. Esperas en el banco, frente al escaparate. Resoplas, preguntas cuándo saldrá. Tu abuela Ita, a tu lado, te sonrío como solo las abuelas sonrío, y responde: tarde, como siempre. Tu padre aparece de pronto tras el cristal, enmarcado, como si estuvieses viendo una película. La bata blanca, sus ojos de niño, el pelo negro y fino. Sus manos van directas a un cajón y se abalanzan sobre un frasco, como si alguien, al otro lado del mostrador, tuviese una duda urgente y esas manos conociesen la respuesta.

Ita sigue hablando. Tú la miras, estupefacta. No estás segura de entender a qué se refiere. Ves en sus ojos el escaparate reflejado, a tu padre convertido en una miniatura dentro de la pupila de su madre. “La farmacia es la casa del barrio”, te dice Ita, que también, un día, cerró tarde esa misma farmacia. “Y una casa, es un lugar seguro”.

Hoy tu padre cierra tarde, como siempre.

Tienes dieciséis años y este recuerdo huele a mentol, a pomada. Esperas en el banco frente a la esquina. Ya no resoplas, no preguntas. Solo sacas el móvil, miras la hora, sacudes la pierna inquieta. Tu abuela Ita, a tu lado de nuevo, te mira. Sabe lo que piensas como solo las abuelas lo saben. Y te responde como si hubieses hecho la pregunta en voz alta: tarde, como siempre. Te ríes con desgana. Vas a llegar la última a la fiesta. Tu padre, al otro lado del cristal, le toma la tensión, por tercera vez, a un hombre pálido. Una furia adolescente te golpea desde dentro. Ita sonrío, parece que va a hablar.

“Ya lo sé”, dices tajante, “una farmacia es como la casa del barrio”.

Hoy tu padre cierra tarde, como siempre.

Tienes treinta años y todavía no sabes a qué olerá esta escena. La farmacia está llena, la fila llega hasta la calle. Como si fuese un pasatiempo, juegas a adivinar lo que pide cada uno. La mujer del bastón: analgésicos. La pareja radiante: vendrá a por un chupete. Tu padre se desliza, aparece en el escaparate, enmarcado, como si estuvieses viendo una película que ya conoces. Su pelo te parece un poco más blanco que el otro día y algo se encoge dentro de ti. Miras a tu derecha, como cuando eras pequeña. Pero no lo eres. Y ese hueco lleva años ahí, vacío. Ita ya no está.

Tras el cristal, tu padre rebusca y encuentra. Termómetro, antibiótico, jarabe de ibuprofeno. Sonríes. El sabor de aquel jarabe te inunda como si lo estuvieses tragando ahora mismo. Y, de pronto, lo entiendes. Ves la fila infinita, a tu padre con las manos llenas. Y lo entiendes todo.

Cuidar en las noches de fiebre. Soplar una herida. Deshacer lo que taponas, desinfectar lo que enferma, alimentar con leche, proteger a quien quieras, alejar una pandemia, calmar una pena, una quemadura, ordenar un pastillero, preparar unas vacaciones, aconsejar, compartir. Crecer.

Una casa es un lugar seguro.

Una farmacia es la casa del barrio.

Cierras los ojos y lo entiendes, claro que lo entiendes. Este recuerdo olerá a talco, a laurel, a manzanilla. A mentol, a pomada.

A tu lado, una voz conocida se esponja, te envuelve como un bálsamo, como solo la voz de una abuela puede hacerlo.

Este recuerdo olerá a farmacia.

Sonríes sin prisa y asientes. Ya lo sabes.

Hoy tu padre cierra tarde. Como siempre.